

The East Tennessee

THE MAGAZINE
OF THE CATHOLIC
DIOCESE OF
KNOXVILLE

Catholic

Magazine

www.dioknox.org
May 2021

A FRONT
SEAT TO

HISTORY

Cardinal Justin Rigali marks 60th anniversary
of his priestly ordination and shares his journey
from parish priest to Prince of the Church

Un fiel servidor de la Divina Misericordia

En sus 60 años de ministerio sacerdotal, el cardenal Rigali ha proclamado la misericordia de Dios y ha sido instrumento de Su perdón.

El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en redención de muchos. — Mateo 20:28

Hace veintisiete años, comencé un viaje asombroso con uno de los hombres más increíbles de la Iglesia: el cardenal Justin Rigali. Desde entonces, se ha convertido en mi más querido amigo y hermano en Cristo, a quien llamo “Su Eminencia” y “Cardenal”, y de vez en cuando, pero siempre con respeto, “Gran Rojo”, mi apodo para él. Habiendo servido a la Iglesia y a seis papas durante 60 años como sacerdote, obispo, arzobispo y como cardenal, “príncipe de la Iglesia”, no podría haber sido bendecido con un mejor amigo y mentor terrenal que Su Eminencia. Y agradezco a Nuestro Señor todos los días porque nos bendice con su presencia sacerdotal y su ejemplo.

DEL OBISPO



OBISPO RICHARD F. STIKA
tercer obispo
de Knoxville,
Tenn.

Hay tanto que me gustaría decir sobre el cardenal Rigali y su valiosa contribución a la Iglesia, a los papas a los que ha servido tan fielmente y a las innumerables personas cuyas vidas han sido bendecidas sacramental y pastoralmente por este maravilloso “pastor servicial” de la Iglesia. Desafortunadamente, este espacio no me lo permite. Pero habiendo servido en St. Louis como su sacerdote secretario y canciller, entre otras responsabilidades, estoy lleno de agradecimiento por todo lo que me ha enseñado como sacerdote, por formarme y guiarme como obispo, y por todas las bendiciones que nos ha traído a nuestra diócesis desde que se jubiló en 2011 como arzobispo de Filadelfia.

En todos estos años con Su Eminencia, siempre me ha inspirado por su ejemplo de oración y la fe y confianza en Nuestro Señor. La oración, la fe y la confianza son tan esenciales para vivir nuestra vocación bautismal como discípulos de Cristo, especialmente para el clero. Es por eso que estoy particularmente agradecido por una sencilla oración que el cardenal Rigali plantó y alimentó en mi corazón cuando era sacerdote y que con el tiempo, se ha convertido en mi lema episcopal: “Jesús, en ti confío”. Esta breve oración que Jesús instruyó a Santa Faustina para incluir en la imagen de Su Divina Misericordia es como una pequeña “semilla de mostaza” que ayuda a que nuestra fe crezca de tal manera que mueva montañas (cf. Mateo 13:32; 17:20). Es una expresión del deseo de entregarnos con más confianza a las manos amorosas de Nuestro Señor y Redentor como Sus colaboradores en la viña del Padre (cf. I Corintios 3, 9).

Estando tan cerca de San Juan Pablo II, el Cardenal Rigali descubrió su gran amor por Santa Faustina desde mucho antes de su beatificación y canonización, y supo que el mundo debía volver a escuchar el mensaje de la Divina Misericordia. Aunque Santa Faustina vivió una vida corta

de 33 años, falleciendo en 1938, San Juan Pablo II la llamó “Apóstol de la Misericordia” y describe su Diario como “un Evangelio particular de la Misericordia” para una época que ha sido, y sigue siendo testigo de tanta maldad y sufrimiento. “Era como si Cristo hubiera querido decir a través de ella”, nos dice San Juan Pablo II, que “¡el mal no tiene la última palabra!” Por eso Jesús le dice a Santa Faustina: “Quiero que los sacerdotes proclamen Mi gran Misericordia a las almas de los pecadores” (n. 50). Y el cardenal Rigali se tomó estas palabras muy a pecho.

¿Qué es la Divina Misericordia? El cardenal Rigali explica que:

La misericordia de Dios es simplemente el amor de Dios que entra en contacto con nuestras debilidades, con nuestras necesidades y por encima de todo, con nuestros pecados ... [Dios] nos ama incondicionalmente: Él nos ama en nuestras necesidades, en nuestras debilidades y en nuestras limitaciones y nos ama en nuestros pecados. Pero nos invita a dejar el pecado. Nos invita a arrepentirnos de nuestros pecados. Nos invita a responder a Su amor. Siendo el gran misterio, la gran realidad de la misericordia de Dios: su amor ante nuestros pecados y nuestras necesidades.

La razón por la que este mensaje es tan importante para nuestro tiempo se resume en una sola palabra: paz. En el diario, Jesús subraya a Santa Faustina que “la humanidad no encontrará la paz hasta que se vuelva confiada a la Divina Misericordia” (n. 300). Estas son palabras para que cada uno de nosotros, personalmente, prestemos atención porque no encontraremos la paz que anhelamos, en nuestro corazón, en nuestro matrimonio, en nuestra familia, en nuestro trabajo, en nuestra sociedad y en nuestro mundo hasta que nos abandonemos confiada a la Divina Misericordia.

La paz, como enfatiza siempre el cardenal Rigali, es el “regalo de Pascua” de Cristo para nosotros. Las primeras palabras de Jesús a sus apóstoles en el Cenáculo después de su resurrección son palabras que Él quiere que hagan eco en el cenáculo del santuario de nuestro corazón: “La paz sea con ustedes” (Juan 20:19). Inmediatamente después de estas palabras, Jesús confía a Sus Apóstoles con el poder de santificar diciendo: “Como el Padre me envió, así también yo os envío” y, al soplar sobre ellos, “Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados, les son perdonados, a quienes se los retengáis, les son retenidos” (Juan 20: 21-23). Ciertamente, la paz que solo Cristo puede dar se sigue ofreciendo a través de nuestros sacerdotes en el confesionario.

Aunque el centro de la vida y el ministerio de todo sacerdote es el sacrificio Eucarístico en el altar, éste está íntimamente ligado con el sacramento de la confesión. Porque, como señala el cardenal Rigali, “en el mismo momento de la consagración, la sangre de la alianza nueva y eterna es ofrecida al Padre para que “los pecados sean perdonados”. Entonces, el servicio del sacerdote en el altar debe continuar necesariamente en el confesionario donde la Misericordia de Dios se derrama de la manera más increíble. Entonces, cuando escuchas al sacerdote decir esas hermosas palabras de Divina Misericordia, “Te absuelvo de todos tus pecados”, es Cristo quien realmente las pronuncia como Su “regalo de Pascua” para ti. Y el cardenal Rigali nos recuerda además que “la confesión es un

Reflexiones sobre las Doce Promesas del Sagrado Corazón de Jesús desde el Catecismo

ARTÍCULO DEL REV. DR. PADRE JOHN

ARTHUR ORR, *Párroco de la Iglesia Santa María en Athens, Tennessee.*

El Catecismo de la Iglesia Católica menciona el Corazón de Jesús de diversas formas. “La Escritura es una en razón de la unidad del designio de Dios, del que Cristo Jesús es el centro y el corazón, abierto desde su Pascua”.

La frase ‘corazón de Cristo’ puede referirse a la Sagrada Escritura, que da a conocer su corazón, cerrado antes de la Pasión, porque la Escritura era oscura” (CIC, 112; cf. Lucas 24: 25-27, 44-46; Salmo 22 : 14) como es, en vista de la Encarnación que Él ama con corazón humano, y “el Sagrado Corazón de Jesús, traspasado por nuestros pecados y por nuestra salvación” es, con razón, el principal signo y símbolo de ese... amor con el que el divino Redentor ama continuamente al Padre eterno y a todos los seres humanos “sin excepción” (cf. CIC, 470, 478; Juan 19,34; Pío XII Encíclica Haurietis aquas).

Una parte de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús son las Doce Promesas del Sagrado Corazón. Santa Margarita María Alacoque, VHM (+1690) recibió místicamente las promesas.

Aquí consideramos la novena de las doce promesas: Bendeciré aquellos lugares donde la imagen de Mi Sagrado Corazón sea expuesta y venerada.

Una parte importante de la devoción actual al Sagrado Corazón de Jesús incluye una imagen del Sagrado Corazón de Jesús. Las mejores imágenes del Sagrado Corazón

de Jesús son aquellas que no separan al Corazón de Cristo mismo. Pío XII nos recuerda los cinco componentes que juntos conforman la imagen del Sagrado Corazón de Jesús.

La primera parte del auténtico Sagrado Corazón de Jesús es Su Corazón. Jesucristo es tanto verdadero Dios como verdadero hombre. Su corazón humano también es divino. El amor que el Señor Jesús tiene por nosotros es tanto humano como divino. Nuestra veneración particular de Su Sagrado Corazón reconoce ambos amores de Su Sagrado Corazón. La segunda parte del auténtico Sagrado Corazón de Jesús es la herida en Su Corazón. Del costado traspasado de Cristo crucificado brotó sangre y agua, fuente de la vida sacramental de la Iglesia. Las aguas del Bautismo y la

Sangre de la Eucaristía tienen su poder sagrado de este flujo sagrado. La tercera parte del auténtico Sagrado Corazón de Jesús es la Corona de espinas que rodea Su Corazón. Mientras que el Señor fue burlado el Viernes Santo con la Corona de Espinas, la Realeza de Cristo se honra con la devoción del Sagrado Corazón con la Corona de Espinas rodeando la imagen. Jesucristo es el Rey del Universo. Su Sagrado Corazón debe gobernar nuestros corazones, nuestros hogares, nuestra ciudad y nación, el mundo entero. La cuarta parte del auténtico Sagrado Corazón de Jesús es la Cruz. La sagrada humanidad de Jesucristo fue clavada en la madera de la Cruz para nuestra redención en sacrificio. La quinta parte del auténtico Sagrado Corazón de Jesús son las Llamas. Por nosotros los pecadores, el Señor Jesús murió con amor ardiente.

Aquí consideramos la duodécima de las doce promesas: En exceso de la misericordia de Mi Corazón, les prometo que Mi amor todopoderoso otorgará a todos aquellos que comulguen los primeros viernes,

durante nueve meses consecutivos, la gracia de arrepentimiento final: no morirán en mi disgusto, ni sin recibir los sacramentos; y Mi Corazón será su refugio seguro en esa última hora.

La devoción de la Santa Misa y la Comunión del Primer Viernes es un componente central de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Hay al menos cuatro aspectos diferentes de la devoción al

Sagrado Corazón del Primer Viernes, que incluyen:

Primero, el Señor Jesús ha pedido que vayamos a la Santa Misa y recibamos dignamente la Sagrada Comunión los primeros viernes en honor a Su Sagrado Corazón. Cada viernes recordamos la pasión salvadora del Señor, cuando su Sagrado Corazón fue traspasado (cf. Juan 19:34).

En segundo lugar, el Señor Jesús nos pide que vayamos a la Santa Misa y recibamos dignamente la Sagrada Comunión durante nueve Primeros Viernes consecutivos. Los nueve primeros viernes constituyen una especie de novena, que refleja los nueve días de oración entre la Ascensión del Señor y Pentecostés (cf. Hechos 1: 12-2: 5). Ir a la Santa Misa y recibir dignamente la Sagrada Comunión los primeros viernes es una forma de establecer un muy buen hábito. Después de todo, el Señor nos ha mandado “hacer esto en memoria mía” (cf. Lucas 22:19; 1 Corintios 11:24). Hay un viejo axioma que dice: *Siembra un acto, cosecha un hábito; siembra un hábito, cosecha una virtud; siembra una virtud, cosecha un destino.*

En tercer lugar, podemos manifestar nuestro amor por el Señor haciendo lo que Él nos ha mandado (cf. Juan 14:15).

Cuarto, la promesa del Señor de la perseverancia final no es una licencia para pecar, sino una promesa de las gracias que necesitamos para vencer el pecado en nuestras vidas y estar listos para verlo cara a cara. †

FUENTE: ADRATIONEM.COM



momento especial para decirle a Nuestro Señor: “¡Jesús, en ti confío!”

Como esta sencilla oración de fe y confianza se basa en el amor misericordioso de Cristo que se hizo hombre para redimirnos y reconciliarnos con el Padre, sentí que mi lema episcopal y el lema del cardenal estaban vinculados de una manera especial. Esta conexión se destaca y es visible para todos en el baldaquino de la Catedral sobre el altar. En su lado interior, de cara a la congregación, están las palabras en latín del lema episcopal del cardenal Rigali, *Verbum Caro Factum Est*: “El Verbo se hizo carne”, de Juan 1:14. En el anverso exterior están las palabras de mi lema episcopal, *Jesu Confido In Te*: “Jesús, en ti confío”. Quería que nuestros lemas episcopales, unidos por más que por nuestra amistad, fueran visibles para todos, porque en cada celebración

Eucarística, la Palabra “habita entre nosotros” se nos es dada como pan de Vida. Y para que Jesús verdaderamente “more entre nosotros” en el mundo que nos rodea, debemos ser Su rostro, Sus manos y Su corazón, repitiendo siempre aquellas palabras: “Jesús, en ti confío”.

Cuán cierto es que “Un amigo fiel es un refugio sólido; el que encuentra uno, encuentra un tesoro” (Eclo 6:14). Doy gracias a Nuestro Señor por el tesoro de la amistad del Cardenal Rigali y por la bendición que es para la Iglesia y para nuestra diócesis. No hay mejor manera de agradecer a Su Eminencia por sus 60 años como sacerdote que haciendo una costumbre el rezo diario de la Coronilla de la Divina Misericordia.

Gracias, Cardenal, por la gran bendición de su “sí” a Dios hace 60 años y por ser un servidor tan fiel de la Divina Misericordia. †